

15. Crisis civilizatoria y amenaza autoritaria

José Antonio Zamora

Instituto de filosofía (CSIC) (España)

El final de la supuesta “excepción española”

Hasta la entrada del partido Vox en el Parlamento de Andalucía en 2018, en prácticamente todos los análisis del avance de los llamados populistas de extrema derecha en Europa, España se presentaba como una excepción. Esto no dejaba de sorprender, ya que las supuestas razones del auge de los movimientos y partidos políticos autoritarios en Europa también son especialmente importantes en España: crisis económica, recortes del gasto público que afecta a las clases populares, fuerte inmigración con un importante componente islámico, corrupción política, descrédito de los partidos tradicionales, etc.

Los indicadores que solían tenerse en cuenta en los estudios demoscópicos para detectar actitudes y elementos ideológicos de extrema derecha en torno a la inmigración, los grupos étnicos o religiosos minoritarios, la Unión Europea, la globalización económica, el sentimiento nacionalista, etc. solían revelar que España representaba una cierta excepción en el panorama europeo. Estos índices poseían claramente los valores más bajos. Con todo, a raíz de la crisis, se ha producido un aumento considerable del sentimiento antiinmigración a partir de 2009. Resulta significativo que ciertas afirmaciones cuenten con un respaldo mayoritario. Por ejemplo, el respaldo a una prelación de trabajadores autóctonos frente a los inmigrantes, la creencia en que estos reciben más prestaciones del Estado que los autóctonos en la misma situación, el supuesto “abuso” por parte de los inmigrantes de los servicios de atención sanitaria, sus ventajas comparativas en las ayudas, etc. También las opiniones relativas a la política de control de flujos se han vuelto más restrictivas. Actualmente, el 74% de los españoles cree que el número de inmigrantes en el país es “un poco excesivo” o “demasiado elevado”.

Con todo, la amplia clase media ya se había identificado durante etapas significativas de la historia reciente con el discurso liberal-conservador y había interpretado su situación desde esa perspectiva. El éxito económico y el orgullo nacional fueron los dos pilares de la lealtad ciudadana, incluso más allá del electorado conservador: sobre esta base se estilizó política y mediáticamente el período postdictatorial como una historia de éxito reconocida internacionalmente. Hasta hace unos años esta identificación había servido de muro de contención para que ofertas electorales de extrema derecha encontraran el apoyo ciudadano que buscaban, sobre todo porque sus posibles votantes se sentían representados en el Partido Popular. Ahora una parte de ese electorado ha cambiado su voto en las elecciones recientes, sin que necesariamente haya tenido que cambiar sustancialmente sus opiniones y actitudes políticas. La radicalidad de ciertos postulados nacionalistas, morales, identitarios o culturales, que buscan crear una “marca política” diferenciada y elegible, no añade elementos sustanciales al acervo político conservador que el Partido Popular cobijaba en su seno hasta ahora. La novedad quizás consista en que dicho partido tiene dificultades crecientes para unificar en su seno al electorado conservador de centro y al electorado más identificado con planteamientos de populismo autoritario, lo que se manifiesta en la dualidad de discursos y liderazgos dentro del partido. Pero no se puede obviar que buena parte de los líderes y representantes de Vox, así como la mayoría de sus votantes proceden de las posiciones más extremas del “liberalismo conservador”, que por una serie de razones externas o internas quieren ver identificadas con una representación política diferenciada.

En cierto sentido puede decirse que la supuesta “excepción española” tenía que ver más con constelaciones electorales específicas que con las estructuras profundas y las dinámicas históricas que afectan a las formaciones sociales capitalistas desde hace décadas y que obligan a analizar el vínculo entre capitalismo en crisis y populismo autoritario.

Crisis del capitalismo y populismo autoritario

Ese vínculo sólo se puede desentrañar si primero reflexionamos sobre la conexión entre neoliberalismo y autoritarismo en general. Sólo así se podrá ver con claridad que la deriva autoritaria del capitalismo en crisis no es un fenómeno contrario o degenerativo respecto a una ma-

triz liberal democrática, cuya recuperación sería el baluarte protector frente al autoritarismo. Dicha deriva está inscrita en su propia lógica de funcionamiento ordinario y es una respuesta a la crisis congruente con ella para intentar asegurar el proceso de acumulación de capital.

Neoliberalismo como “totalitarismo original”

En este contexto, resulta sumamente clarificadora la interpretación del neoliberalismo como un “totalitarismo original” de Marc Weinstein (2018). Una interpretación como esta parece contradecir la visión dominante de la sociedad totalitaria como una formación sui géneris, caracterizada por una ideología oficial, un único partido de masas, un monopolio de las armas, una completa sujeción de los medios de comunicación y un sistema de control policial represor. Visto desde esta perspectiva, existiría un contraste radical entre los sistemas totalitarios y las sociedades democráticas liberales. Justo este contraste radical, sin embargo, hace sospechar a algunos que estamos ante una perspectiva lastrada por el propósito de legitimar el orden liberal.

En todo caso, esa visión deja fuera de consideración lo que Weinstein pretende mostrar con su concepto de “totalitarismo original”, esto es, la presión específica del mercado competitivo, en cuanto modelo objetivo social y total y no sólo en cuanto mecanismo económico, a la indivisión social. Dicha indivisión se produce no bajo un Estado colectivista o racial, sino en virtud de la determinación de un poder objetivo en el que confluyen el saber tecno-científico, el poder del Estado y el capital. Estos elementos amenazan ahora con fusionarse y lograr una identidad consigo de la sociedad y de las subjetividades, imponiendo o incitando a obedecer “voluntariamente” la norma privada del funcionamiento objetivo de la competitividad, norma que coloniza todas las esferas sociales y todas las instituciones: medios, educación, empresas, sanidad, justicia, seguridad, universidad, etc. Se trata de una presión ejercida en forma de lo que, en el contexto totalitario de los años treinta, el escritor Ernst Jünger llamara la “movilización total”.

A diferencia de los totalitarismos coyunturales –el nacional-socialismo, el fascismo o el estalinismo–, en los que la confluencia entre tecno-ciencia, poder estatal y economía se produce bajo la forma de un Mega-Estado en el que se incrusta la tecno-ciencia instrumental y la economía, Weinstein define los totalitarismos estructurales de manera inversa como una fusión bajo la forma de una mega-tecno-cien-

cia-economía incrustada en un Estado instrumental (2018, 85). Tanto los totalitarismos coyunturales como los estructurales habrían sido posibilitados por el (neo)liberalismo progresista, competitivo, industrial y bélico de los años 1870 a 1929, cuyo ideólogo más importante sería Herbert Spencer. Con todo, Weinstein afirma que, para su completo despliegue, la tecnificación, la estatalización y la capitalización de la sociedad requieren además la conquista de la naturaleza interior de los individuos, de su psiquismo y sus afectos, ya que sólo así es posible una movilización verdaderamente total. A este requerimiento únicamente puede dar cumplimiento la industria cultural desarrollada durante el siglo xx y la “empresarización” del yo en la etapa neoliberal.

El otro aliado de la movilización total es el miedo, no un miedo natural o cultural, sino un miedo artificial que impone la aceleración y la supresión del espacio-tiempo por el desarrollo tecno-económico capitalista. El terror o la represión policial sólo juegan un papel puntual y secundario frente al movimiento absoluto que produce el poder-uno de la determinación objetiva bajo el signo de la competitividad y la unificación estatal de la sociedad. Todos los individuos experimentan debilidad y vulnerabilidad frente al él. El modelo de evolucionismo competitivo, convertido en modelo social total, cuenta además en el neoliberalismo actual con un Estado (apoyado por sus derivados institucionales internacionales: OMC, FMI, BM, BCE, UE, OTAN, ...) empeñado en imponer la totalización de la competitividad con todos los instrumentos disponibles (políticas de ajuste, tratados y acuerdos internacionales, políticas monetarias, etc. y sobre todo el mecanismo de la deuda). El conjunto de los seres vivientes se convierte en medio para la consecución de unos objetivos cuasi “metafísicos”: la productividad, la eficiencia y el beneficio. Lejos de una disminución o un retraimiento del Estado, como quiere hacer creer la doctrina de la globalización, estamos ante un nuevo tipo de intervencionismo volcado en la movilización absoluta de todas las fuerzas productivas, incluidos los individuos, en el marco de una competitividad internacional intensificada –contra todas las resistencias que se le opongan.

Gestión neoliberal de la crisis y populismo autoritario

Esta reflexión sobre los vínculos internos entre capitalismo neoliberal y autoritarismo persiguen aquí una finalidad: servir de marco a una crítica de la tesis que presenta la emergencia del populismo autoritario

como signo del final del neoliberalismo y, por tanto, como contrapuesto a él (Ptak, 2019). A la luz de lo que hemos expuesto, el populismo autoritario aparece más bien como una estrategia de reorganización neoliberal que persigue reforzar sus estructuras y sus lógicas fundamentales. Como señala Wilhelm Heitmeyer “las ya perceptibles consecuencias económicas, sociales y políticas del capitalismo autoritario dan lugar a condiciones favorables para la propagación del populismo de derecha. En parte se produce una convergencia de los mecanismos centrales.” (2018, 72; cf. Bathke/Spindler, 2006).

Siguiendo a Jamie Peck y Adam Tickell (2002), se pueden distinguir tres fases en la evolución del capitalismo neoliberal. Ellos caracterizan la primera fase como un neoliberalismo de *roll-back* destructivo y desregulador, cuyos objetivos se conocen como el Consenso de Washington: privatización, desregulación, liberalización, recortes en el gasto público y desburocratización. En una segunda fase de *roll-out* o de deep neoliberalism, nos encontramos con características distintas, esto es, con una recuperación de la acción reguladora del Estado para impulsar la globalización y favorecer la competencia. Desde el punto de vista empresarial esto se concreta en estrategias de deslocalización, *outsourcing*, *lean-und-just-in-time-production*, etc. Desde el punto de vista financiero, en una desregulación casi total de los mercados de capital y en una reorientación de la reproducción hacia un keynesianismo privatizado (privatización de las prestaciones de jubilación, endeudamiento de los hogares para sostener el consumo y la educación, creación de burbujas inmobiliarias o del alquiler), en reformas del mercado de trabajo para recortar salarios y derechos de los trabajadores que favorecen la precarización y la sobreexplotación.

El fracaso de estas estrategias quedó evidenciado en la multicrisis de 2007/2008. Pero, aunque esta multicrisis parecía anunciar un final de la fase neoliberal, o al menos así lo presagiaban las declaraciones de ciertos gobernantes y las protestas y movilizaciones a escala mundial, a lo que hemos asistido es a una reorganización del bloque dominante que ha dado paso a una tercera fase del neoliberalismo caracterizada por una remodelación de los Estados competitivos hacia Estados coercitivos autoritarios y por una transformación de la sociedad civil en la que triunfan planteamientos nacional-populistas, racistas y fascistas y en la que aumentan los fenómenos de violencia contra minorías étnicas, inmigrantes y personas del colectivo LGTBI. A esto se une una crisis de la representación política que conduce a una enorme

fragmentación y a frecuentes situaciones de bloqueo institucional o de equilibrios inestables, sin que se produzca una decantación hacia uno u otro lado del espectro político.

En este contexto, el populismo autoritario representa un intento de capturar el descontento de las clases subalternas por medio de una división dentro del campo liberal-conservador, que no busca tanto decantar la hegemonía en el interior de ese campo, cuanto desequilibrar la balanza política general hacia la derecha. Esto permite no sólo neutralizar las protestas y el descontento que se habían ido agrandando en la segunda fase del período neoliberal, sino además capitalizar su energía y utilizarla para reforzar el giro disciplinador de la tercera fase. Para ello se lleva a cabo una transformación de la frustración en resentimiento que se proyecta hacia grupos identificados por el discurso político como responsables de los problemas y dificultades propios de la crisis. Las estrategias mediáticas ponen el foco en supuestas amenazas –contra la nación, contra la prosperidad duramente conquistada, contra el pueblo, etc.–, mientras que se refuerzan las estrategias de desolidarización y de estigmatización de los más desfavorecidos. Los líderes políticos populistas cultivan una imagen de dureza hacia los supuestos enemigos del pueblo y de paternalismo hacia los subalternos, lo que permite reforzar la identificación con ellos: ¡Por fin sus problemas son escuchados y encuentran una voz!

Dado que el capitalismo en crisis ya no está en condiciones de asegurar un “consenso pasivo” (Gramsci) mediante negociación y concesiones, como en el fordismo, de lo que se trata es de crear las condiciones para un gobierno coercitivo, esto es, de ampliar considerablemente los márgenes de discrecionalidad e, incluso, de arbitrariedad de los ejecutivos, de personalizar al máximo el poder para facilitar la identificación con él, de incrementar el grado de represión de los aparatos judiciales y de los dispositivos policiales, etc. Todo ello para aumentar la presión sobre las poblaciones para que soporten las políticas de recortes, el aumento de las desigualdades, las políticas de descarte social y la precarización del trabajo y de la vida. Para que dicha presión sea exitosa, la estrategia autoritaria se sirve de una destabuización enmascarada de pseudorebeldía contra lo políticamente correcto. De modo que el espacio público se tiñe progresivamente de machismo, sexismo, racismo e intolerancia, defendidas como arrojo y valentía política frente a lo establecido. Por fin los miembros del pueblo pueden expresarse con “libertad”, sin las censuras que imponía una

élite progresista que, supuestamente, tenía secuestrada la verdadera voluntad popular. Por esa vía se movilizan principios democráticos como la libertad de expresión y la soberanía popular para legitimar el racismo o el machismo, emparejando democracia formal y contenidos autoritarios. Como afirma Santiago Alba Rico, “cuando los gobiernos, los partidos y los intelectuales se vuelve ‘políticamente incorrectos’, las minorías deben echarse a temblar” (2016, p. 62).

Elementos básicos del populismo autoritario

¿Existen rasgos más o menos comunes entre las diferentes expresiones del populismo autoritario? Sin pretensión de exhaustividad, señalaré algunos rasgos más significativos, siguiendo las investigaciones llevadas a cabo por un grupo de sociólogos y psicólogos sociales de la Universidad de Leipzig bajo el título de *Mitte-Studien* (Zamora, 2018). El primero de ellos es la aceptación o defensa abierta de la desigualdad, que puede estar fundada en la pertenencia o no a una determinada nación, esto es, puede ser de carácter étnico, pero también puede basarse en marcadores sociales de propiedad, empleo, consumo, etc. El efecto más inmediato es la recodificación nacional de los derechos sociales o su condicionamiento disciplinador, así como el establecimiento de prioridades de acceso y el desmonte de los mecanismos de equiparación jurídica de las personas que habitan en un territorio. Esto se puede legitimar con argumentos supremacistas o no, pero en todo caso se constata en las sociedades europeas un crecimiento de la aceptación de diferentes tipos de prelación en el acceso a recursos y a derechos, ya sea de corte étnico-nacional o de tipo social (los que contribuyen al bienestar nacional con su esfuerzo y los que son una carga por su incapacidad para contribuir a él, por ejemplo).

Si bien el racismo biologicista ha perdido vigencia, no ocurre lo mismo con el racismo de la diferencia o diferencialista (Bonilla-Silva, 2006). Este permite, igualmente, dar soporte a políticas de segregación o de estratificación política o, incluso, de control restrictivo de fronteras. Pero la concepción de fondo que da respaldo a este elemento desigualitario del populismo autoritario es el darwinismo social que promueve no sólo la competencia individualista como mecanismo de regulación de las relaciones sociales, sino también la prevalencia de los más fuertes o exitosos. Bajo una lógica de evolución natural, la atención a los débiles debilita al conjunto. Por eso el humanitarismo se convierte en blanco de

la crítica y es presentado como una amenaza para la integridad nacional, tal como evidencia la política de control de fronteras de la Unión Europea y la tragedia de la pérdida de vidas humanas en el Mediterráneo de quienes huyen de la miseria y la guerra. El líder de la ultraderecha italiana, Matteo Salvini, es una encarnación singular de este rechazo de la ayuda humanitaria y de los derechos de socorro y salvamento fundados en el igual valor y dignidad de cualquier vida humana en peligro. El derecho de no devolución que asiste a los demandantes de asilo queda suspendido por un supuesto derecho de las naciones a la no aceptación de sus demandas en razón de una soberanía nacional tan desmedida como irreal, pero que convierte en papel mojado la Convención de Ginebra para los propios Estados signatarios.

Otro de los elementos constitutivos del populismo autoritario es su apoyo a formas autoritarias de gobierno. En determinadas circunstancias o de modo general se impulsa un tipo de gobierno duro. Esto se concreta en reclamar una figura política fuerte, alguien con mano firme que ponga las cosas en su sitio, que ponga orden. Pero también en reclamar una suspensión o una reducción del sistema de garantías jurídicas, de equilibrios entre poderes y contrapoderes, de controles institucionales o cívicos de las acciones de gobierno, etc. El poder que se divide, se debilita. Por ello, ese entramado institucional es percibido más bien como rémora y limitación perjudicial para el ejercicio del poder. Directamente conectados con este rasgo se encuentran también los ataques populistas a la clase política. No se combate la cooptación de dicha clase por poderes fácticos o por intereses particulares con más control democrático, sino poniendo el poder en manos de alguien que dice no proceder de esa clase, que hace gala de ser libre frente al establishment de los partidos. Y que necesita estar libre de dependencias para actuar con decisión y en favor del pueblo. El prototipo del político populista autoritario actúa como el conocido personaje cinematográfico "Harry el sucio" encarnado por el actor Clint Eastwood, un inspector rudo y violento, con métodos poco ortodoxos, que se salta la ley para defenderla y que consigue imponer su justicia frente los estamentos del poder establecido por caminos que estos condenan. En consonancia con esta forma de entender el ejercicio del poder, el populismo autoritario se caracteriza por trivializar y minimizar los autoritarismos y las formas de gobierno dictatoriales del pasado. La memoria de las víctimas de la violencia política ejercida por los aparatos de Estado y por dictaduras de derechas es denunciada como propa-

ganda o exageración “comunista”, al mismo tiempo que se reivindican figuras autoritarias como benefactores del pueblo o ejemplos a imitar.

Por último, otro de los rasgos más significativos del populismo autoritario es el chovinismo nacionalista. La promesa que acompaña permanentemente su discurso, convertida en estandarte político distintivo, es la de recuperar el orgullo nacional, devolver al pueblo su autoestima. Aunque en la actualidad raramente el punto de partida de ese discurso es la humillación por una derrota bélica, los efectos de la crisis o la pérdida de poder geoestratégico –a veces basta el temor a ello– desencadenan un sentimiento de afrenta nacional o, más exactamente, el discurso populista lo promueve directamente, al tiempo que ofrece el remedio político frente a la supuesta humillación: hacer grande la nación (de nuevo). La prioridad absoluta de unos supuestos “intereses nacionales”, escasamente definidos, forma parte de este fuerte sentimiento patriótico, tanto como la necesidad de su defensa frente a otros pueblos y naciones, frente a ámbitos de decisión supranacionales o contra los extraños o ajenos que ponen en peligro la unidad o el bienestar nacional. La lucha entre naciones o entre Estados que compiten entre sí por los mejores puestos en el ranking internacional constituye la narrativa de fondo que legitima las políticas agresivas frente a quienes “quieren quitarnos lo nuestro” o “subordinarnos a sus intereses”. Se rechazan formas cooperativas y multilaterales de relación con otras naciones o Estados como signo de debilidad, que sólo fomentaría el que estos se aprovechen de un “buenismo” que los autoritarios declaran inútil y peligroso. Pero la defensa agresiva de los intereses nacionales no sólo está dirigida contra el “enemigo” exterior, sino también contra los “cuerpos extraños” dentro del territorio nacional. Los extranjeros deben quedar claramente subordinados a los intereses nacionales. No son sujetos de derechos, sino un colectivo subordinado. La legitimidad de su presencia sólo está avalada por su contribución al bienestar de la nación y los nacionales. Y, cuando esta no está garantizada, deben ser tratados como invasores que se aprovechan de nuestros recursos o se convierten directamente en delincuentes que deben ser expulsados.

Populismo autoritario como “rebelión conformista”

Uno de los elementos del discurso populista que más confusión provoca y que dificulta su caracterización como reacción o como contes-

tación es la actitud de aparente rebeldía. Para comprender el verdadero significado de esta actitud resulta imprescindible recurrir a los análisis del Instituto de Investigación Social sobre el “carácter autoritario” en los pasados años 40 (Adorno et al., 1950). Dichos análisis establecían una conexión entre el conflicto psíquico-libidinal, las disposiciones autoritarias en los individuos socializados en el capitalismo monopolista y determinados fenómenos sociales como el nacionalismo autoritario o el antisemitismo. Estos fenómenos permitían, según los mencionados estudios, dar satisfacción a las tendencias agresivas y mantener la cohesión del grupo en torno a la autoridad reconocida por todos.

En la fase del capitalismo monopolista y autoritario que los investigadores tenían delante, los sacrificios, las renunciaciones y los sufrimientos que este imponía a los individuos alcanzaban cotas injustificables. Sin embargo, la supremacía de las estructuras sociales, su autonomización frente a ellos y su coacción objetiva, unidas al miedo y la impotencia, exigían a los sometidos a ellas una extraordinaria ocupación libidinal de sí mismo en la lucha por afirmarse. Sin embargo, el choque con la realidad provocaba un sentimiento de agravio y humillación que redoblabla la frustración. Esta constelación es la que explicaba, según Th. W. Adorno, tanto la rebelión como el sometimiento.

El conflicto entre la necesaria ocupación libidinal del propio yo para resistir en la cada vez más enconada lucha por la supervivencia y la experiencia de impotencia frente a cambios estructurales incomprensibles y escasamente influenciados se “resuelve” en el carácter autoritario gracias a la ambivalencia entre sometimiento y rebelión coagulada en el psiquismo de los que se aferran al orden existente. Dicho carácter les permite dar una salida al conflicto interior identificándose con el dominio encarnado en una figura personal y proyectando la agresión contra grupos identificados como más débiles. De este modo, partiendo del análisis freudiano, es posible explicar por qué el carácter autoritario tiene que dirigir la agresión contra grupos considerados extraños o ajenos. Su debilidad le impide dirigirla contra las autoridades del propio grupo. El conflicto intrapsíquico se proyecta sobre la relación entre el propio grupo y los grupos declarados ajenos, lo que permite la descarga de la agresividad y la identificación con la autoridad. El resultado es una paradójica “rebelión conformista”: una especie de combinación entre el placer de obedecer y la agresión contra los indefensos (Sommer 2010, 119-126).

Las fantasías de grandeza que no superan la prueba de la realidad se trasladan a objetos que responden a un código étnico o nacional (gran colectivo) por medio del mecanismo de identificación. Pero el mecanismo de identificación/idealización no podría funcionar sin la escisión de las percepciones y sentimientos ambivalentes, para los que se necesita otras pantallas de proyección (personas y grupos percibidos como extraños o ajenos). La representación del extraño y ajeno, sobre el que se proyectan los atributos, sentimientos y percepciones desagradables, inquietantes o prohibidas, es lo que permite mantener una imagen buena y limpia de sí mismo y de los propios. Sin embargo, no conviene olvidar la ambivalencia de los sentimientos ni que se trata de elementos del propio individuo que son proyectados (conflicto interno).

El racismo, el chovinismo nacionalista o el populismo autoritario actúan como una especie de “pseudo-curación” (Schieffheilung), que descarga del síntoma individual por la participación en el “síntoma colectivo”. Dicha pseudo-sanación sólo puede funcionar si las imágenes y los mitos nacionalistas o autoritarios permiten una integración en el colectivo, es decir, si adquieren el carácter de movimiento de masas, dando así cumplimiento a las fantasías de omnipotencia y de fusión (Busch/Gehrlein/Uhlig 2016). De este modo, el “narcisismo colectivo” actúa como un poderoso medio de integración: el colectivo o su representante (caudillo, líder, etc.) dispensa de la prueba de la realidad e irradia una promesa mágica de salvación. Podríamos decir que actúa como una especie de psicoanálisis invertido: las fantasías que pretenden reprimir y silenciar el conflicto intrapsíquico son reforzadas y movilizadas políticamente en lugar de hacer consciente dicho conflicto y buscar una forma racional de afrontarlo. Dado que la descarga de la tensión intrapsíquica es siempre precaria y necesita un continuo reforzamiento, la tendencia al fanatismo, a la eliminación de la duda, la crítica y la auto-reflexión, resulta casi inevitable.

El “centro” como verdadero “pueblo” del populismo autoritario

Un escollo no menor de la reflexión sobre el populismo autoritario es saber de qué “pueblo” estamos realmente hablando. Para ello resulta prioritario despejar el malentendido que puede entrañar el uso del término “extremismo”. Dicho uso tiene una clara función. Presentar el fenómeno como una amenaza a la democracia que proviene de fuera de ella o de sus márgenes, establecer una equidistancia frente a la de-

recha y la izquierda y reforzar el carácter normativo del “centro” como soporte del orden democrático. Pero el concepto de “extremismo” no sólo es cuestionable porque asimila e identifica fenómenos de matriz diferente y posiciones ideológicas u objetivos políticos contrapuestos, sino también porque establece una nítida separación respecto al “centro de la sociedad”. Esto sirve en realidad para construir el mito de una integración basada en la moderación y la mesura de las clases medias, independientemente de los mecanismos sociales que producen dicha integración y de sus dinámicas de crisis. Tanto el término “extremismo” como el término “centro” poseen, pues, un carácter ideológico que incapacita para entender los procesos sociales implicados en el avance y la extensión del autoritarismo, la xenofobia, el chauvinismo nacionalista, etc. (Butterwegge/Häusler 2002).

Si es cierto que la “clase media” resulta difícil de definir con precisión, tampoco cabe duda de que su concepto constituye una categoría de integración social de primer rango. El hecho que la gran mayoría de la población se autoidentifique como clase media genera la zozobra de no estar describiendo nada con ese término. Desde el punto de vista de la teoría de la estructura social, generalmente se define como los hogares cuya renta se sitúa entre el 75% y el 200% de la mediana de un país. La tendencia al alza de esta franja de hogares se detuvo bruscamente con la crisis, lo que ha supuesto tanto un crecimiento de los grupos de renta más baja como un incremento del grupo de renta alta (Bigot/Crouette/Muller/Osier, 2012). Más allá de los números, quizás lo que mejor defina a la clase media sea su capacidad de cubrir sus necesidades básicas y además su poder para ahorrar e invertir acumulando una cierta riqueza (viviendas, depósitos bancarios, planes de pensiones, acciones, etc.).

Al menos hasta la irrupción de la crisis económica parecía dominar un consenso entre los científicos sociales en el sentido de que la sociedad de la segunda mitad del siglo xx no se puede describir en términos de sociedad de clases. Uno de los logros del pacto social de posguerra habría sido alumbrar una sociedad de clases medias, que eran las verdaderas beneficiarias de ese pacto y, por tanto, las que le daban estabilidad y las que sostenían con sus aportaciones las políticas sociales y de redistribución solidaria. Ciertamente, el final del fordismo supuso una diversificación del consumo que respondía al aumento de las desigualdades sociales y a una polarización del mercado de trabajo: de un lado, empleos mal pagados e inseguros; de otra parte, distinguidos

ejecutivos y «trabajadores del conocimiento». Sin embargo, el discurso dominante en los años noventa sobre la sociedad de consumo y la pluralidad posmoderna de estilos de vida no parecía poner en cuestión la idea de una sociedad de clase media. Es ahora, con la crisis, cuando aumentan las voces de alarma sobre el proceso de contracción de la clase media y del peligro que eso puede suponer para la estabilidad y la cohesión sociales.

Durante el período más duro de la crisis se ha impuesto en Europa un discurso que señala a la clase media como la que más ha sufrido sus efectos. Esto no lo corroboran los hechos. Lo cual no significa que no haya aumentado con la crisis la vulnerabilidad y el riesgo de pobreza y exclusión y que dicha vulnerabilidad no haya afectado a las franjas más bajas de los que integran las clases medias (Lessenich 2009, 23). Pero las pérdidas reales no avalan la conciencia generalizada que ve en las clases medias las víctimas de la crisis. Lo que alimenta la sensación de estar especialmente afectados por la crisis quizás tenga más que ver con el cambio de condiciones sociales y económicas que regían tanto la formación de las clases medias como su movilidad hacia arriba y hacia abajo. En cierta manera, la clase media es la expresión y la prueba de la movilidad social. Y lo que registra su crisis, precisamente, son las transformaciones que afectan a las bases de esa movilidad: el papel del trabajo como factor de integración social y las transferencias del Estado social que amortiguaban los vaivenes del mercado de trabajo y aseguraban las posiciones sociales.

Ciertamente, durante el fordismo el ethos dominante de la clase media parecía prometer estabilidad, integración y posibilidades de ascenso a quienes se esforzaban y rindiesen, a quienes se adaptasen diligentemente a la norma del trabajo productivo. Un Estado social que prometía igualdad de oportunidades y la confianza en un régimen meritocrático hacían el resto. La mirada de sospecha hacia los que se ubicaban en los márgenes respondía a la convicción de que estos eran incapaces de aprovechar las oportunidades por falta de esfuerzo. El primer embate que sufrió el predominio del ethos de clase media fue sin duda el que produjo la generación del 68. Los nuevos referentes que disputaban su hegemonía eran la participación política, la autonomía, la creatividad y la autorrealización. Ahora sabemos que en ellos se anunciaba el “nuevo espíritu del capitalismo” (Boltanski y Chiappello). Quizá el discurso actual sobre la amenaza de decadencia de la clase media sea expresión sobre todo del declive de ese nuevo espíritu,

completamente subsumido y funcionalizado por el orden neoliberal.

Así pues, más allá de la existencia de una amenaza real, no se puede negar un aumento del miedo real a una pérdida de estatus y estabilidad en la clase media. Y esto tiene que ver con la pérdida de un orden social, de una “normalidad”, de unas reglas de juego estables para la vida profesional y la vida privada. Las posibilidades de ascenso y caída, de empleo estable o desempleo, de mejores o peores remuneraciones, etc., ya no parecen responder a criterios seguros y claramente identificables. Y esto tiene que ver con el nuevo contrato de trabajo implícito en el modelo social del “empresario de sí mismo”, con la imposibilidad de realizar un cálculo certero que asegure el éxito futuro de las inversiones en formación, salud o seguridad y con la deshomogeneización de las pertenencias grupales. La movilización de todos los recursos para asegurar el estatus ya no garantiza que esto conduzca al éxito.

Si lo que ha definido a la clase media es su capacidad de ahorro e inversión (viviendas, depósitos bancarios, planes de pensiones, acciones, etc.), una buena parte de la riqueza asociada a ella se debía a grandes burbujas infladas durante el período postfordista. La participación activa de las clases medias en la formación y reproducción de esas burbujas se suele pasar por alto, cuando su desinfla es percibido como un ataque a esas mismas clases, que, no hay que olvidarlo, se habían dejado seducir por los cantos de sirena neoliberales que prometían convertir a cada uno de sus miembros en propietario e inversor. El “velo de ignorancia” que protegía a las clases medias frente a las condiciones sociales y económicas de su aparente enriquecimiento contribuyó a la naturalización de sus pretensiones de rentabilidad individual al margen de o desvinculadas de los procesos de creación de valor de la “economía real”. Cuando las expectativas de asegurar la riqueza se revelan como ilusorias, cuando los soportes ideológicos de la mentalidad meritocrática pierden soporte en la realidad debido a que el nuevo contrato social neoliberal ya no puede asegurar la reproducción del estatus, las clases medias viven la nueva situación como agravio. De este modo, la amenaza de los estándares de vida se convierte en motor de un extremismo conforme al mercado (Groß/Höverman 2014, 111). Y, entonces, hay que buscar un culpable de la destrucción del dinero que ellos se han ganado “con su propio esfuerzo” y con el “duro trabajo”. Asistimos a una autoescenificación victimista arropada por los partidos y los grupos mediáticos que han hecho de la clase media su clientela.

En este contexto resulta muy iluminador el término “empaste narcisista” acuñado por los *Mitte-Studien* para referirse al boom económico de posguerra. Esto vale, en primer lugar, para explicar el papel jugado por el “milagro económico alemán” en relación con la “incapacidad para el duelo” que definió el bloqueo emocional y psíquico de la derrota en la II Guerra Mundial. La identificación con el Gran-Yo del Führer, de la Nación, de la Raza elegida, exigía tras la derrota un nuevo Yo Ideal, un Führer secundario, que permitiera recuperar el sentimiento de autoestima. Ese papel lo habría asumido el consumo y el bienestar económico. Entre la reconstrucción de la Alemania posbélica y el rechazo de la herida narcisista existe un nexo. Lo que sustituye al narcisismo colectivo dañado tras la derrota del régimen nacionalsocialista es “el auge económico, la conciencia de lo capaces que somos” (Th. W. Adorno). Trasladando estas reflexiones a la situación actual, lo que nos encontraríamos en estos momentos es ante una nueva herida narcisista: la amenaza de la pérdida del bienestar que se había convertido en objeto ideal de fuerza y poder. Lo que se tambalea son los cimientos de la “religión de la vida cotidiana” (Claussen) que tan significativamente representaba el ethos de las clases medias.

Sin embargo, la identificación con el fetiche “consumo/bienestar” impide identificar las causas estructurales de la inseguridad y la vulnerabilidad. Esto podría explicar, por un lado, la identificación con el agresor y con los principios normativos que impone, a pesar de que estén en contradicción con los imperativos estructurales reales del capitalismo que impulsa la flexibilización y la financiarización y, por otro, la descarga de la frustración por incumplimiento de las promesas asociadas a esos principios normativos sobre colectivos señalados como chivos expiatorios. Dado que el ascenso social se percibe como inseguro, más disputado, menos calculable y que las posibilidades de pérdida de estatus también se perciben como más verosímiles, el deseo de pertenecer a los estratos elevados de la clase media se hace más intenso, lo que va unido a la tendencia a desmarcarse de los estratos inferiores. El miedo al desclasamiento se proyecta en forma de agresividad contra los que están abajo. En este sentido la descarga de la indignación y la frustración sobre colectivos más débiles, el señalamiento de minorías “responsabilizables” de la amenaza sentida, es una salida más que posible a la rabia acumulada.

Esto puede alcanzar en determinados momentos y de manera muy precipitada, como estamos viendo en Europa, una significación polí-

tica. Es lo que ocurrió tras la crisis de 1929: un movimiento de pánico de los votantes de las clases medias desde los partidos burgueses hacia los partidos fascistas. Justo esto es lo que expresa la conocida frase de Ralf Dahrendorf, poco sospechoso de extremismo izquierdista: “la destrucción de la democracia es una obra de la clase media”. La cuestión fundamental es que ese desplazamiento presuponía y presupone una predisposición en las clases medias cuyo origen no está sólo en las ofertas políticas.

En este sentido, lo que debe preocupar es la conexión entre los miedos y los sentimientos de inseguridad y amenaza de descenso de las clases medias y su disposición a aceptar el discurso de la extrema derecha: banalización de regímenes autoritarios del pasado, el chovinismo nacionalista, el apoyo a la desigualdad en forma de xenofobia, islamofobia o desprecio a los débiles, la disposición a considerar aceptables formas autoritarias de gobierno, etc. como respuesta adecuada a esos miedos.

La crisis española, la erosión de las clases medias y la amenaza autoritaria

La crisis en España ha mostrado las debilidades de la fase expansiva, que se basó en cierta medida en el crédito barato, en una intensa privatización empresarial, en el apoyo económico de la UE y en la burbuja inmobiliaria. Con la crisis la situación económica se desplomó súbitamente y con ella la imagen de España como un país de éxito. De pronto nos veíamos en un club poco agradable: el de los “pigs”. La respuesta a este colapso de los partidos pertenecientes a lo que podríamos llamar el campo burgués fue el rescate de las instituciones financieras por parte del Estado, una reducción del gasto público y una brutal precarización de las condiciones laborales y sociales, con las consecuencias esperables. La justificación de las medidas impopulares fue, como siempre, la ausencia de alternativas. Las clases bajas afectadas, los verdaderos perdedores de la crisis, compraron el mensaje: “es lo que hay”. Y eso significa: lucha aislada e individualizada por la supervivencia, adaptación más o menos resignada a las nuevas condiciones. Al mismo tiempo, los medios de comunicación informaban de cada vez más casos de corrupción y de los delitos perpetrados por una impía alianza de élites de la política, las finanzas y las grandes empre-

sas, lo que, unido a fenómenos tan sangrantes como los desahucios, el fraude masivo a los pequeños inversores y el deterioro de los servicios públicos, condujo a una ola de indignación y protesta protagonizada fundamentalmente por ciertos sectores de jóvenes, de las clases medias bajas y de organizaciones de la izquierda minoritaria que conocemos como el 15-M (Rodríguez López, 2022, 357ss; cf. Id., 2016). Las críticas a los recortes sociales, a los recortes salariales, a la globalización neoliberal y al desempleo parecen apuntar a que en el 15-M triunfó una interpretación y una politización de la crisis claramente de izquierdas, sobre todo porque cuatro años más tarde se produjeron éxitos electorales inesperados de un nuevo partido de izquierdas –Podemos–, por más que no esté completamente claro que esos éxitos sean la expresión electoral de aquellas protestas. Según esa interpretación, la crisis habría conseguido poner en cuestión tanto el programa del neoliberalismo autoritario como la hegemonía del discurso liberal-conservador. ¿Es eso cierto? El propio Podemos defiende que su aparición habría servido para canalizar la insatisfacción y la indignación ante la crisis del capitalismo, que en otras partes de Europa se había expresado en partidos populistas de extrema derecha. Podemos habría contrarrestado este peligro por medio un patriotismo de izquierdas que tiene que ver principalmente con la distribución justa de la riqueza, el trabajo para todos, el comercio justo, el control público del sector financiero, los salarios justos, los servicios estatales bien financiados y un Estado “fuerte” que sirve a las “mayorías populares”, es decir, un patriotismo reinterpretado socialmente sin tradicionalismo, sin políticas de identidad conservadoras, sin xenofobia y sin una política exterior agresiva. Esto marcaría la diferencia frente a los populistas de derechas. La experiencia del gobierno de coalición está mostrando de modo cada vez más palmario las dificultades casi insalvables a las que se enfrenta este proyecto de patriotismo de izquierdas, que no sólo provienen de acontecimientos sobrevenidos como la pandemia o la invasión de Ucrania, sino que tienen que ver con las condiciones estructurales de su posibilidad.

¿De dónde puede sacar el Estado su fuerza si no es del crecimiento económico “nacional”? ¿Cómo se puede asegurar este, si no es en las condiciones definidas por la competencia del capitalismo global cimentada en la deslocalización empresarial y la precarización de la fuerza de trabajo a escala mundial? ¿Es posible reforzar el Estado social y al mismo tiempo minimizar los efectos constatados sobre las

clases medias de aquellos procesos sobre los que se basa la lucha entre enclaves económicos dentro de la competencia globalizada? Las promesas redistributivas no pueden ocultar su vínculo con los procesos que alimentan las arcas del Estado, que son los mismos procesos que producen la desigualdad y debilitan a las clases medias y bajas. El mensaje parece trasladar que es posible evitar las consecuencias de estas condiciones para el “pueblo”, pero aumentando los recursos fiscales de una economía nacional fuerte, es decir, sin modificar sustancialmente el marco capitalista de acumulación del capital. Se trata de distribuir de forma diferente, lo que significaría que habría que retomar los caminos socialdemócratas. Sin embargo, es justamente esa combinación de patriotismo social o estado de bienestar nacional, por un lado, y de la expectativa de que la economía capitalista nacional tenga éxito en la competencia global, por otro, lo que ha dado soporte al impacto político del liberalismo conservador entre las “mayorías sociales”, que incluyen tanto a las clases medias como a las clases populares, desplazando a las (antiguas) políticas reformistas socialdemócrata hegemónicas en el fordismo. Así que no es de extrañar que, a pesar de la fragmentación del panorama político en España en las últimas elecciones, los partidos (neo)liberal-conservadores sigan ocupando buena parte del terreno político. La cuestión de la hegemonía en el campo burgués está lejos de haberse decantado hacia la socialdemocracia.

El populismo de izquierdas tampoco parece dispuesto a prescindir de la combinación de patriotismo (social) y economía capitalista nacional orientada al éxito, sobre todo teniendo en cuenta la aspiración a representar a los ciudadanos “ordinarios”, la llamada gente común. El denominador común del populismo de extrema derecha, el populismo de izquierdas y los partidos del campo burgués es la vinculación de un Estado-nación exitoso (patriotismo) con una economía capitalista nacional también exitosa. Los primeros hacen hincapié en la primacía de la nación a la que debe subordinarse la política económica. El segundo enfatiza la primacía de la llamada “gente de abajo”, a cuyo servicio estaría un Estado fuerte configurado de manera claramente socialdemócrata. Los partidos burgueses convencionales enfatizan la primacía de atraer la localización del capital, a la que un Estado nacional competitivo debe ayudar por el bien de la nación (y de las élites). Los populistas de derecha y los populistas de izquierda comparten la idealización del alcance del poder político estatal frente a los poderes económicos o los denominados “mercados”. Los liberal-conservado-

res y los liberal-socialistas defienden una especie de realismo político respecto a las condiciones de la economía de mercado: sacrificar algo para no tener que sacrificarlo todo. Hasta ahora, la tercera de las opciones anteriores, al menos en España, sigue siendo hegemónica a la hora de ganarse la fidelidad de las clases medias. El que esto cambie o no, depende fundamentalmente de la evolución de esas capas sociales.

La erosión de la clase media no comenzó con la crisis actual, sino que se ha intensificado con ella. El drama del campo político burgués es precisamente que la dinámica de crisis del capitalismo amenaza con diezmar a las clases medias que hasta ahora constituían su base para asegurar el poder: una política “democrática” basada en un amplio “centro saludable”. Los síntomas de desintegración, de inseguridad, de pérdida de estatus o de miedo a perderlo, los procesos de desclasamiento de las clases medias y el “efecto tobogán” que produce la precarización aparecen como el telón de fondo del avance de los movimientos y partidos populistas de derecha o de extrema derecha. La contraposición de una política “democrática” del centro integrado y un populismo de derechas “autoritario” del centro desintegrado no resulta convincente. Incluso en tiempos de crisis, el liberalismo conservador dentro del espacio de la política democrática “normal” parece capaz de asegurar la fidelidad del “extremo centro” social, sin que las razones de este vínculo sean fundamentalmente diferentes de las que alimentan el auge de los partidos populistas de derecha. Esta situación puede mantenerse sin variaciones, pero también es posible que el “extremo centro” opte en un determinado momento de manera mayoritaria por partidos claramente autoritarios. En todo caso, la amenaza no viene de los márgenes, sino del núcleo mismo de la sociedad.

Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor W. et al. (1950): *The Authoritarian Psychology*, v. 1 *Studies in Prejudice*, editado por Max Horkheimer y Samuel F. Flowerman, *Gesammelte Schriften* (Vol. 9). R. Tiedeman (ed.), Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1975, 144-509.
- Alba Rico, Santiago (2016): “Refugiados, islamofobia, muerte de Europa”. *Viento Sur*, n° 145, 60-67.
- Bathke, Peter y Susanne Spindler (2006) (eds.): *Neoliberalismus und Rechtsextremismus in Europa Zusammenhänge – Widersprüche – Gegens-*

- trategien. Berlin: Karl Dietz Verlag, 2006.
- Bigot, Régis; Croutte, Patricia; Muller, Jörg; Osier, Guillaume (2012): "The Middle Classes in Europe. Evidence from the LIS Data", *LIS Working Paper Series* n° 580.
- Bonilla-Silva, Eduardo (2006): *Racism Without Racists* (2ª ed.). Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Busch Charlotte; Martin Gehrlein; Tom David Uhlig (2016) (eds.): *Schiefheilungen. Zeitgenössische Betrachtungen über Antisemitismus*. Wiesbaden: Springer VS.
- Butterwegge, Christoph; Alexander Häusler (2002): "Rechtsextremismus, Rassismus und Nationalismus: Randprobleme oder Phänomene der Mitte?", Christoph Butterwegge et. al. *Themen der Rechten - Themen der Mitte. Zuwanderung, demografischer Wandel und Nationalbewusstsein*, Wiesbaden: Springer, 217-266.
- Groß, Eva; Andreas Höverman (2014): "Marktförmiger Extremismus – ein Phänomen der Mitte?" A. Zick; A. Klein. *Fragile Mitte – Feindselige Zustände. Rechtsextreme Einstellungen in Deutschland 2014*, Bonn: Dietz Nachf, 102-118.
- Heitmeyer, Wilhelm (2018): *Autoritäre Versuchungen. Signaturen der Bedrohung I*. Berlin: Suhrkamp.
- Lessenich, Stephan (2009): "Das Elend der Mittelschichten – Die „Mitte“ als Chiffre gesellschaftlicher Transformation", *Widersprüche*, vol. 29 (1), n° 111, 19-28.
- Peck, Jamie y Adam Tickell (2002): "Neoliberalizing Space". *Antipode* v. 34, n° 3, 380-404.
- Ptak, Ralf (2016): "Die autoritären Wurzeln des Neoliberalismus", *Kurswechsel* 2, 16-24.
- Rodríguez López, Emmanuel (2016): *La política en el ocaso de la clase media. El ciclo 15-M-Podemos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Rodríguez López, Emmanuel (2022): *El efecto clase media. Crítica y paz social*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sommer, Bernd. *Prekariesierung und Ressentiments*. Wiesbaden: VS Verlag, 2010.
- Weinstein, Marc (2018): "Pensar el totalitarismo neoliberal. Seis tesis sobre el totalitarismo". *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, v. 10, 74-115.
- Zamora, José A. (2018): "Oliver Decker et. al.: Mitte-Studien (2006-2018, 8 vols.)". *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, v. 10, 512-519.

ANTROPOLOGÍA DEL DEVENIR POLÍTICO

...

JOSÉ TURPÍN SAORÍN (COMP.)

PRÓLOGO DE JOSÉ LUIS VILLACAÑAS



Filosofía y Sociedad 7

ISBN: 978-84-124424-
Depósito Legal: M-28 -2023
Materia THEMA: JHM – JHMC – JBCC

© 2023 Dado Ediciones
© 2023 José Turpín Saorín (comp.)

Título original: *Antropología del devenir político*
Compilador: José Turpín Saorín
Prólogo: José Luis Villacañas

Colección: Filosofía y Sociedad nº 7
Primera edición: primavera 2023
Maquetación: Dado Ediciones
Diseño de cubierta:
Tipografía: Lovelo, diseño de Hans Rezler; Linux ^{liber}_{time} y Linux Bioninum
Producción gráfica: Gráficas de Diego

Ediciones DADO
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com | @DadoEdiciones
www.dadoediciones.org

Índice

Prólogo. Alabanza de la Antropología. José Luis Villacañas	5
Presentación. José Turpín Saorín	17
1. Transfobia y victimización. Marta María Aguilar Cárceles.....	23
2. Nuevas rutas de la acción colectiva: Un enfoque desde la gobernanza. Rina Marissa Aguilera Hiltelholher	49
3. El Mar Menor zona crítica: agro-extractivismo, agri-cultura y sociedad. David Avilés Conesa	69
4. La pandemia, un episodio del antropoceno. Antonio Campillo	87
5. El trabajo de cuidados: Procesos de politización de la Federación Nacional de Trabajadoras Asalariadas del Hogar de Bolivia. Mariela Díaz Carrasco.....	97
6. Genealogía y performatividad del sexo: Los deberes de ser hombre o mujer. Marina García Granero	119
7. Los mitos fundacionales y el testigo modesto de los hechos. Cristina Guirao Mirón	143
8. La teoría de juegos como comprensión humana. Francisco Javier Jiménez Ruiz	149
9. Hacer. (Sentido de totalidad en la singularidad de la vida) Silvia Patricia López y José Turpín Saorín	175
10. La Gobernanza y voluntariado universitario ante la pandemia del Covid-19: estudio sobre España, Argentina y México. Miguel Ángel Márquez Zárate	195
11. Miradas subjetivas en torno a las representaciones de la masculinidad. Alejandra Martínez.....	217
12. Plazas de mercado y dinámicas sociopolíticas: entre las fuerzas centrípetas y centrífugas del territorio. Victoria Salazar Gil.....	231
13. Políticas del terror: subjetividad neoliberal y populismo autoritario. David Soto Carrasco.....	245
14. La antropología como esperanza política. José Turpín Saorín	267
15. Crisis civilizatoria y amenaza autoritaria. José Antonio Zamora..	285
Anexos.....	305
Tras la huella del origen... Historia de una portada. Paulina Real	307
Relato de una vida <i>trans-vivida</i> . Félix García.....	309
Los silencios y las luchas que le permitieron cantar. Historia de vida: Gregoria Gabriel. Marianela Díaz Carrasco.....	335
Semblanza del Dr. Miguel Ángel Márquez Zárate. Adriana Reynaga Morales.....	353